



Capítulo 393 - Demonio de sangre I

Después de unos largos minutos, la llamada terminó y Ada dejó escapar un largo y cansado suspiro. ¿Realmente tenemos que ir allí? Estoy tan cansado..." Ada hizo pucheros mientras señalaba su cadera. "Me has agotado, ¿sabes?"

Vergil sonrió y comentó: "No recuerdo eso..." Sólo recuerdo que gritaste... '¡Más! ¡Más! ¡Más duro! ¡Eso es todo, cariño!'" Vergil bromeó y la cara de Ada se puso roja como un tomate.

"¡D-no digas eso!" Ella dijo nerviosa y él puso su mano sobre su cabello y sonrió.

"Tenemos que ayudar a la criada indefensa, o acabará muriendo" Vergil se rió y levantó la mano, creando un enorme círculo rojo de teletransportación con la marca del Clan Agares.

"¿Quieres tomarme la mano o vas a fingir que tú mismo conoces el camino?" Él bromeó con una leve sonrisa, arrastrándola hacia el círculo mágico.

Ada puso los ojos en blanco. "Vergil, eres realmente molesto cuando quieres serlo, ¿sabes?" "Activa ese círculo antes de que mi madre convierta todo el territorio en una arteria pulsante gigante"

"Romántico", murmuró, tocando el sello en el centro del círculo.

La energía que los rodeaba crepitaba. El mundo se desvaneció como la pintura que se aleja de la realidad, y lo último que Ada vio antes de la oscuridad fue la mansión de Sapphire desapareciendo como humo en una brisa.

En un abrir y cerrar de ojos... Estaban en Balatrion, el territorio del clan Baal.





El suelo era de mármol negro, siempre brillante. Pero ahora... había grietas, como si algo hubiera pulsado debajo de la piedra, obligándola a ceder. Las inmensas columnas de la puerta principal estaban intactas—pero vibraban.

Virgilio fue el primero en pisar el suelo, y tan pronto como sus pies tocaron la tierra del clan, sus ojos se entrecerraron.

Una presión invisible cayó sobre él como un muro viviente. El aire se volvió espeso, casi sólido. Apretó los dientes y, por primera vez en mucho tiempo, Vergil sintió que le picaba la piel.

"Esto..." susurró.

Ada apareció a su lado un segundo después, pero tan pronto como se materializó, dio un paso atrás.

"Esa aura... ¿Madre?" ella murmuró.

Virgilio cerró los ojos por un momento. "Sólo he sentido algo así tres veces en mi vida."

Ada lo miró y esperó.

"La primera vez fue cuando conocí a Zafiro..." Dijo, recordando aquel momento en que vio a la pelirroja por primera vez... 'Si tan solo hubiera sido lo suficientemente fuerte para enfrentar esa aura...' Vergil pensó antes de reenfocarse y continuar.





"La segunda vez... fue cuando mi madre se enfrentó a Sapphire en medio de Los Ángeles..."

Ada se detuvo y lo miró, curiosa por la tercera vez. "... ¿Y el tercero?"

Virgilio respiró profundamente, con la mirada distante. "Cuando conocí a Sun Wukong, justo después de que matara al Papa frente a mí", se rió Vergil.

Sin embargo... Ada simplemente permaneció en puro silencio.

Los ojos de Ada se abrieron lentamente mientras el suelo bajo sus pies temblaba más intensamente. No por algún terremoto físico—sino porque el aura de Rafaeline, dondequiera que estuviera en ese momento dentro del clan, estaba creciendo como una estrella a punto de explotar.

"Mi madre... Ella realmente... ha llegado a un punto muy alto." Ada murmuró, mitad asustada, mitad asombrada.

Virgilio sonrió, pero había un toque de cansancio en esa sonrisa. "Sí. Y ahora vamos a tener que impedir que ella... No sé, derritiendo los muros del castillo con su propia sangre. O absorber el continente. Ambos parecen igualmente probables."

Caminaron entre los escombros de lo que una vez fue el gran salón principal del castillo de Baal. Ahora todo estaba en ruinas.

Tapices rotos colgaban como sombras fantasmales en las paredes rotas. La armadura demoníaca yacía derretida, los torsos de metal colapsaron como si se hubieran derretido de adentro hacia afuera. El aire era denso, cargado de una energía carmesí que hacía que incluso los más poderosos sintieran náuseas.





Algunos sirvientes yacían en los rincones, inconscientes, con el cuerpo temblando y los ojos vidriosos. La mera presencia de la nueva entidad que había surgido de la cámara de sellado era como veneno espiritual.

Al final del pasillo, Ei —la criada principal— estaba de rodillas, en estado de shock. Sus manos temblaban mientras sostenía lo que quedaba de un talismán de contención: nada más que cenizas frías goteando entre sus dedos.

Levantó la vista con esfuerzo al notar que se acercaban y gritó, con la voz desgarrada por el miedo:

"¡No entres! ¡No te acerques! Ella es—"

BOOOOM.

Una explosión colosal sacudió los cimientos del castillo. Una explosión de energía roja atravesó el techo sobre ellos, agrietando la piedra como si fuera vidrio delgado. Los fragmentos incandescentes cayeron como llamas silenciosas.

La presión mágica subió otro nivel.

Vergil frunció el ceño y cerró los ojos por un breve momento. Levantó la mano lentamente y habló con voz firme:

"Ada. Cuida al personal. Elimina a todos los que aún puedan caminar. Llévalos a los pasillos inferiores y mantén las barreras activas. Si se quedan aquí un minuto más... se convertirán en polvo."





Ada dudó. Sus ojos escudriñaban el salón devastado y su expresión oscilaba entre la preocupación y el miedo.

"¿Vas a.... hablar con ella?"

Virgilio sonrió levemente y el brillo frío en sus ojos se intensificó.

"Alguien tiene que irse. Y honestamente, si vas... te convertirás en sangre líquida y serás absorbido. Lo cual sería un desperdicio trágico, ¿no crees?"

Antes de que ella pudiera responder, él desapareció en un abrir y cerrar de ojos —como si la realidad misma se lo hubiera tragado.

En el instante siguiente, su aura explotó con un brillo púrpura, expandiéndose como una tormenta en cámara lenta, empujando el aire a un lado y silenciando los ecos de la destrucción.



Virgilio apareció en el corazón del castillo, las piedras temblaban bajo sus pies, la atmósfera se distorsionaba como si el propio infierno contuviera la respiración.

Alzó la voz, cargada de ironía, afecto y un toque de desafío:

„Rafaeline! Mi querida esposa... ¿podemos volver a la normalidad?"

El sonido resonó como un trueno en todo el territorio de Baal.

Las palabras de Virgilio resonaron como un susurro irreverente dentro de un templo en ruinas — profano, íntimo, provocativo. Sonrió al vacío carmesí que



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

parpadeaba a su alrededor, sintiendo que el aire vibraba como las cuerdas de un instrumento a punto de romperse.

Y luego llegó la respuesta.

